

INTRODUCCIÓN

Miguel Pérez de Laborda

1. Vida de San Anselmo

San Anselmo nació en 1033 o 1034 en Aosta, en la frontera entre Borgoña y Lombardía. Sus padres, Gandolfo y Ermenberga, pertenecían a familias nobles, al parecer venidas a menos.

No sabemos nada de la formación que pudo recibir en su tierra natal. Pero en 1056, con unos 23 años, abandona el domicilio familiar con ocasión de la muerte de su madre y problemas de entendimiento con su padre, y comienza un viaje de tres años que le llevará a Normandía, después de recorrer las más conocidas escuelas de Borgoña y Francia. Allí permanecerá hasta que fue promovido –años después– a la sede arzobispal de Canterbury.

Al llegar a la localidad normanda de Avranches oye hablar de Lanfranco de Pavía, quien, después de haber enseñado algunos años en esta ciudad, se había hecho monje en 1042, retirándose a la Abadía de Bec y abriendo allí una escuela. Atraído por la fama de Lanfranco, San Anselmo llega en 1059 a Bec, donde al año siguiente se hace monje. Poco tiempo después, en 1063, es nombrado Prior de la Abadía, ocupándose especialmente de dirigir la formación de los monjes y de los demás jóvenes que se acercaban a ella.

Los años que pasan hasta que es elegido Abad (1079) son de intenso estudio y enseñanza. En ellos publica el *Monologion* (1076) y el *Proslogion* (1077). Posteriormente el ámbito de sus preocupaciones intelectuales será ampliado, gracias a su conocimiento de las afirmaciones erróneas de Roscelino sobre la Eucaristía, algunas objeciones planteadas por pensadores judíos y las doctrinas de la Escuela de Laón. Consecuencia de ello es la elaboración de sus dos grandes obras de madurez: la *Epistola de Incarnatione Verbi* y el *Cur Deus homo*.

Desde que es nombrado Arzobispo de Canterbury (1093) hasta su muerte el 21 de abril de 1109 pasa dos largos periodos en el exilio (1097-1100 y 1103-1106), a causa de las divergencias con los reyes Guillermo II y Enrique I.

2. El testimonio de Eadmero

Casi todo lo que sabemos sobre la vida de San Anselmo se lo debemos a su fiel secretario Eadmero. No sólo nos transmite datos biográficos, sino que presenta su vida como un modelo de virtud y de empeño constante por conocer la verdad.

Esta biografía tiene además un cierto carácter de autenticidad, en cuanto fue leída y corregida por el propio San Anselmo. Eadmero mismo nos cuenta que un cierto día San Anselmo le descubrió mientras pasaba a un pergamino la obra, y le pidió que le dejara leer lo que había escrito. Después de haberlo leído, San Anselmo se lo devolvió con algunas pequeñas correcciones; pero a los pocos días le ordenó que destruyera *los cuadernos* en los que estaba la obra. Eadmero le obedeció, destruyendo *esos* cuadernos, pero habiendo transcrito antes su contenido sobre *otros* cuadernos. Según él mismo cuenta, no quedó del todo tranquilo de su astucia, por creer que no habría desobedecido a su maestro sólo si se interpreta de un modo *literal* la orden de San Anselmo, sin tener en cuenta la intención con que las decía. Por ello al final de la obra ruega a los futuros lectores que tengan a bien interceder ante Dios por “*ése* y los otros pecados de su vida”¹.

3. La novedad del método anselmiano

El importante papel jugado por San Anselmo al inicio de la Escolástica se comprende observando la novedad de su método. La peculiar situación cultural que le precede –en la que quedaba poco espacio para la filosofía, y en la que se desconocían casi por completo los textos de los filósofos clásicos– está marcada por la polémica entre dialécticos y antidialécticos, es decir, entre aquellos que usan los instrumentos racionales de un modo que no parece coherente con la fe y aquellos que, para salvaguardar la propia fe, renuncian al uso de esos instrumentos racionales.

En San Anselmo la vida de oración y el esfuerzo por comprender racionalmente aquello que cree se funden de manera tal que es difícil decidir dónde empieza la especulación racional y dónde acaba la oración; es decir, es difícil delimitar cuáles de sus obras son teológicas y cuáles son filosóficas. Ello hace que la peculiar armonía de fe y razón que se da en su pensamiento no haya sido en muchas ocasiones bien comprendida: su especulación ha sido interpretada por unos como *fideísta* y por otros como *racionalista*. La importante función

¹ Cfr. *Ad Eadmeri libros de vita S. Anselmi Su lementum*, PL 158, 119-120.

que en todos sus escritos ocupa la propia fe parece dar razón a los primeros; la expresión *sola ratione*, acompañada de la pretensión de prescindir de toda autoridad, parece en cambio dar razón a los segundos. Por el contrario, en la reciente Encíclica *Fides et ratio* (n. 74) Juan Pablo II pone a San Anselmo como uno de los modelos de armonía entre ambas dimensiones: la fe y la razón.

4. Las características del *Monologion*²

A instancias de algunos monjes que con él convivían, deseosos de tener por escrito lo que ya tantas veces le habían escuchado, San Anselmo acepta redactar un primer opúsculo (el *Monologion*) atendiendo al plan trazado por sus discípulos. Él mismo explica cuáles fueron sus exigencias: “Me trazaron el plan de mi escrito, pidiéndome que no me apoyase en la autoridad de las Sagradas Escrituras y que expusiera, por medio de un estilo claro y argumentos al alcance de todos, las conclusiones de cada una de nuestras investigaciones; que fuese fiel, en fin, a las reglas de una discusión simple, y que no buscase otra prueba que la que resalta espontáneamente del encadenamiento necesario de los procedimientos de la razón y de la evidencia de la verdad. También han querido que no me desdeñase de responder a las objeciones de los simples y aun de los necios”³.

Cuatro son las cuestiones en torno a las que se articula la propuesta de sus alumnos: prescindir del uso de las Sagradas Escrituras; un estilo claro y comprensible para todos; un procedimiento de prueba que sea racional y riguroso; y la respuesta a todas las objeciones que pudieran ser presentadas. Todas estas características, en mayor o menor grado según las circunstancias, formarán parte a partir de ese momento de la metodología de las diversas obras anselmianas. Por lo que respecta al *Monologion* y *Proslogion*, estas obras se diferencian en torno a dos de esas características: el estilo, y la evidencia y rigor de la prueba.

Una buena manera de comprender esta diferencia es atender a lo que el propio San Anselmo nos dice sobre la insatisfacción que le había producido el *Monologion*. Poco tiempo después de redactar esta obra, en efecto, comienzan a surgir en él dudas acerca de lo que con ella había logrado. Refiriéndose a esta obra él mismo nos confiesa: “Después de que, obligado por los ruegos de

² Cfr. M. Pérez de Laborda, “El *unum argumentum* del *Proslogion* de San Anselmo: un intento de demostrar lo que la fe enseña acerca de Dios”, *Acta Philosophica*, 1995 (4), 95-103.

³ San Anselmo, *Monologion*, prol., 6, 7-12. La traducción está tomada de J. Alameda, *Obras completas de San Anselmo*, BAC, Madrid, 1952.

algunos hermanos, publiqué un cierto opúsculo como ejemplo de reflexión sobre la razón de la fe –encarnando a quien investiga lo que no sabe, y discurre en silencio consigo mismo–, considerando que aquel opúsculo estaba compuesto por un entramado de muchos argumentos, comencé a preguntarme si tal vez se pudiese encontrar un único argumento que para ser probado no necesitase de ningún otro sino de sí mismo, y que fuese suficiente por sí solo para probar que Dios existe verdaderamente, que es el Sumo Bien no necesitado de nada y de quien todas las cosas necesitan para ser y para ser felices, y todo lo que creemos acerca de la sustancia divina”.

El *Monologion*, que se había querido redactar “con un estilo claro y con argumentos al alcance de todos” (*vulgaribus*) –de modo que convenciera hasta a quien tiene una inteligencia *mediocre*⁴– le parece a San Anselmo, cuando vuelve a considerarlo, que está “compuesto por un encadenamiento de muchos argumentos”, de tal modo que las argumentaciones son difíciles de comprender y no resultan en absoluto adecuadas a la *simplicidad* del ser de Dios.

5. El *Proslogion*: búsqueda e iluminación

Por ello San Anselmo, inmediatamente después de concluir su *Monologion*, comienza a preguntarse si no sería posible encontrar un “único argumento” (*unum argumentum*) –no ya un encadenamiento de muchos– que: 1) no necesitara de ningún otro para justificarse; y 2) él solo bastara para establecer que Dios existe verdaderamente y que le convienen todos aquellos atributos que por fe sabe San Anselmo que son propios de Dios.

Hasta qué punto esos nuevos requisitos estaban ya presentes en la intención anselmiana al redactar el *Monologion*, es difícil saberlo; pero parece lógico pensar que no son sino una nueva y más exigente interpretación de los principios de rigor formal, brevedad y simplicidad allí expuestos. En cualquier caso, es claro que, independientemente de que fuesen o no buscadas entonces, estas nuevas exigencias no son satisfechas por el *Monologion*, en tanto que en esta obra aparecen diversos principios de los que depende toda la demostración –no habría, por tanto, un *argumento* auto-suficiente–, y en ella no hay una suficiente conexión entre la demostración de la existencia de Dios y la de sus atributos –ambas cosas, por tanto, no se hacen a través de un *único argumento*–.

Una vez individuado qué es aquello que quería hallar, puso en ello todo su empeño. Según escribe Eadmero, “encontró en esta investigación, como él mismo contaba, una gran dificultad. Ese pensamiento le quitaba el apetito y el

⁴ Cfr. *Monologion*, c. 1, 13, 7-11.

sueño y, lo que era peor aún, le impedía poner en los maitines y demás ejercicios de piedad la atención conveniente. Se dio cuenta de ello, y, no teniendo aún más que una idea confusa del fin que perseguía, se imaginó que esta idea, objeto de sus preocupaciones, era una tentación del demonio, e hizo todos los esfuerzos por apartarla de su espíritu”⁵.

Pero ni siquiera tales esfuerzos fueron suficientes, y San Anselmo no logró apartar de él tales pensamientos. Él mismo nos lo narra: “Como con frecuencia y empeño volvía a esto el pensamiento, y unas veces me parecía que ya se podía apresar lo que buscaba, y otras rehuía por completo la penetración de mi espíritu, quise por fin cesar desesperanzado como de la búsqueda de algo que fuese imposible encontrar. Pero, cuando quería dejar de raíz fuera de mí ese pensamiento, para que no estorbase distraendo inútilmente mi espíritu de otros temas en los que pudiese avanzar, comenzó entonces a introducirse con cierta terquedad en mí, que era cada vez más renuente y reacio”⁶.

Entre tales dudas e inquietudes, cuando no estaba seguro ni de la utilidad ni de la posibilidad del proyecto que se había propuesto, tuvo lugar la conocida *experiencia* a través de la cual San Anselmo *halló* lo que buscaba: “un día en que me agotaba, resistiendo enérgicamente a su insistencia, en el propio conflicto de pensamientos se mostró de tal modo lo que ya desesperaba de encontrar, que abracé con pasión el pensamiento que aturdido rechazaba”⁷.

Nada nos dice acerca del contenido de lo que *se mostró*; pero queda claro que es reconocido como algo que le *viene dado*. Eadmero es especialmente claro al respecto: “Una noche en que no podía dormir, la gracia de Dios brilló en su corazón; lo que buscaba se manifestó a su inteligencia y llenó su corazón de una alegría y de un júbilo extraordinarios”⁸. Aunque San Anselmo no afirme explícitamente que es Dios mismo quien en tal ocasión le ha iluminado la inteligencia y disipado todas las dudas, con frecuencia se dirige a Él pidiendo luz para comprender lo que cree, y dándole gracias por haberle concedido esta ayuda.

⁵ Eadmero, *Vita Anselmi*, L. I, c. 3, 63B. La traducción de la *Vita Anselmi* es de J. Alameda, *Obras completas de San Anselmo*, BAC, Madrid, 1952.

⁶ *Proslogion*, proemio, 93, 10-16.

⁷ *Proslogion*, proemio, 93, 16-19.

⁸ Eadmero, *Vita Anselmi*, L. I, c. 3, 63B.

6. Las dos redacciones del *Proslogion*

Según Eadmero nos narra, el repentino descubrimiento de San Anselmo fue inmediatamente puesto por escrito⁹. Y menciona también las curiosas vicisitudes que sufrió esta primera redacción: “pensó que este descubrimiento podría interesar a los otros si se lo comunicaba, y, como estaba libre de envidia, lo escribió inmediatamente sobre tablillas y las confió a uno de los hermanos del monasterio, recomendándole que las guardase con sumo cuidado. Se las pidió algunos días después, pero no las encontró en el lugar en que las había dejado; se pregunta si alguien las ha cogido, pero todo en vano, nadie tiene conocimiento de ellas. Anselmo comienza de nuevo a escribir su argumento sobre nuevas tablillas, y se las confía al mismo hermano con orden de guardarlas más cuidadosamente. Éste las ocultó entonces en lo más escondido de su lecho, pero al día siguiente, cuando menos pensaba en ello, las encontró rotas, y sus trozos, esparcidos por el suelo delante de su cama. La cera de que estaban cubiertas se hallaba dispersa por todas partes; entonces recoge las tablillas, reúne la cera y se va con todo a Anselmo, quien, reuniendo todos los fragmentos, pudo apenas reconstituir lo que había escrito”.

La rapidez con que este primer escrito fue redactado muestra que no puede coincidir en extensión con lo que hoy conocemos como *Proslogion*. Además, el propio Eadmero distingue entre una primera redacción y la redacción definitiva; en efecto, después de narrar las mencionadas vicisitudes de la primera redacción, continúa diciendo: “A continuación compuso sobre este tema un libro pequeño por el tamaño, pero grande por el peso de los pensamientos, y de una contemplación muy sutil, al que llamó *Proslogion*, porque en él se entretiene con Dios o consigo mismo”¹⁰.

Nada se nos dice sobre qué estaba escrito en esa primera redacción. Pero es lógico pensar que contenía lo que estaba inmediatamente relacionado con lo que *se mostró* en la experiencia que había vivido; y esto se corresponde, evidentemente, con lo que San Anselmo estaba buscando –se mostró precisamente lo que San Anselmo había ya desesperado de encontrar– y, por tanto, con el núcleo central del *Proslogion*.

⁹ Eadmero, *Vita Anselmi*, L. I, c. 3, n. 26, 63C.

¹⁰ Eadmero, *Vita Anselmi*, L. I, c. 3, n. 26, 63D.

7. El *unum argumentum*

Ahora bien, lo que San Anselmo estaba buscando era un *argumento* a través del cual pudiese ser demostrada la existencia de Dios y los atributos que le convienen. ¿Cuál es este argumento único?

La propia naturaleza de la experiencia vivida por San Anselmo manifiesta que lo que desespera de encontrar y repentinamente se presenta a su inteligencia no es un complejo razonamiento, sino más bien una idea central que es capaz de arrojar luz sobre las diversas cuestiones planteadas, y de dar sentido y unidad a los otros pequeños descubrimientos que San Anselmo había hecho en el curso de sus indagaciones.

Esa idea central es al mismo tiempo lo que hace que todos los capítulos del *Proslogion* estén entrelazados por un hilo conductor, presente en toda la obra. Y es precisamente el *unum argumentum* que buscaba San Anselmo.

Para comprender qué es este *unum argumentum* que San Anselmo trata de encontrar, es imprescindible tener en cuenta que la expresión ‘argumentum’, en la época en que San Anselmo escribe, tiene un significado distinto de ‘argumentación’ o ‘razonamiento’; viene usada, por el contrario, en el sentido que Boecio le había dado¹¹, es decir, como una proposición que sirve para resolver una cuestión dudosa, en tanto que permite determinar cuál de las diversas alternativas es la adecuada. Como señala Maierù¹², sólo a partir del siglo XII la expresión ‘argumentum’ comienza a designar los propios pasos de la demostración.

Es una característica propia del *argumentum*, en este sentido preciso, ser más evidente que aquello que a través suyo viene probado. El *unum argumentum* que busca San Anselmo, por tanto, en cuanto que no ha de necesitar de ningún otro para justificarse, será máximamente evidente por sí mismo; y en tanto que permite demostrar tanto la existencia de Dios como su esencia, es el único del que dependerán todas las demostraciones del *Proslogion*. Todo lo que en esta obra viene probado está fundado inmediatamente sobre una única evidencia originaria, que es precisamente aquello que *se mostró* en la

¹¹ “Ratio rei dubiae faciens fidem”; S. Boecio, *De differentiis topicis*, L. I, PL 64, 1174 C-D; *In Topica Ciceronis*, PL 64, 1048B.

¹² Según A. Maierù, *Terminologia logica della tarda scolastica*, Edizioni dell’Ateneo, Roma, 1972, 400, la expresión *argumentum* “de nombre de la proposición o de las proposiciones usadas como medio de la demostración, pasa después a designar los propios procedimientos de la demostración”. En el s. XII, según este autor, aparece el nuevo significado (por ejemplo, en la *Logica ‘Ut dicit’*), aunque algunos (Abelardo, *Excepta Norimbergensia*) todavía lo usan en el sentido boeciano.

inteligencia de San Anselmo: Dios es aquello mayor que lo cual nada puede pensarse.

La manera en que todo el *Proslogion* se articula alrededor de esta idea aparece especialmente clara en las palabras con que acaba su respuesta a Gaunilón: “Creo que he mostrado que en el opúsculo precedente he probado, con una argumentación no débil sino suficientemente necesaria, que existe en la propia realidad aquello mayor que lo cual nada se puede pensar; y que tal argumentación no se debilita por la consistencia de objeción alguna. Pues el significado de esta expresión contiene en sí tanta fuerza que, precisamente porque se entiende o se piensa esto mismo que se dice, se prueba necesariamente que existe realmente, y que ello mismo es todo lo que se debe creer de la sustancia divina. Pues de la sustancia divina creemos todo lo que se puede pensar absolutamente que es mejor ser que no ser. Por ejemplo: es mejor ser eterno que no eterno, bueno que no bueno, incluso la propia bondad que no la propia bondad. Pero aquello mayor que lo cual nada se puede pensar, no puede no ser nada de este tipo. Luego es necesario que ‘aquello mayor que lo cual nada se puede pensar’ sea todo lo que conviene que se crea de la esencia divina”.

Estas palabras del propio San Anselmo, aunque ayudan a comprender el hilo conductor de la demostración, no explican todas y cada de las partes de la obra. Algunas de esas partes, en efecto, quedan de algún modo *al margen* de la demostración. Conviene por ello detenerse brevemente a considerar la estructura de esta obra, para ver el papel que en ella juegan aquellas partes en las que San Anselmo no pretende demostrar nada.

8. La estructura del *Proslogion*

a) *Prólogo*

Manifiesta el principal motivo que le llevó a redactar esta obra, poco tiempo después de haber acabado el *Monologion*: la insatisfacción por no haber todavía encontrado una prueba que sea tan sencilla como conviene a la simplicidad divina.

b) Capítulo 1

A través de unas expresiones cargadas de fuerza poética, recuerda cuáles han sido las consecuencias del pecado original en la vida de cada persona, y cómo es difícil realizar aquello para lo que el hombre ha sido creado: contemplar a Dios. Con ello San Anselmo trata de suscitar en los lectores las disposiciones que son adecuadas para sacar provecho de la obra: un verdadero deseo de buscar a Dios, abandonando cualquier otra ocupación y no escatimando esfuerzos.

c) Primera parte demostrativa: capítulos 2-13

a) Capítulos 2-4: demostración de la existencia de Dios

La bien conocida demostración del segundo capítulo se basa en la idea de Dios como aquello mayor que lo cual nada puede pensarse. Los dos capítulos posteriores completan esta demostración.

b) Capítulos 5-13: demostración de algunos atributos divinos

1. Breve demostración de algunos atributos divinos (cap. 5-6a). Como veremos, no es mucho el espacio que dedica a la demostración de estos atributos divinos (cap. 5 e inicio del cap. 6). La demostración es breve, como se pretendía; de modo que la mayor parte de los capítulos sucesivos está dedicada a resolver diversas *dudas* que podrían surgir en torno a estas cuestiones, y que algún no creyente podría presentar como *objeciones* contra la fe cristiana.

2. Planteamiento y resolución de dificultades (cap. 6-11):

- cap. 6: cómo puede ser Dios a la vez sensible e incorpóreo.
- cap. 7: cómo a la vez es omnipotente y no puede hacerlo todo.
- cap. 8: cómo puede ser a la vez misericordioso e impasible.
- cap. 9-11: cómo puede ser a la vez justo y misericordioso.

3. Sobre el peculiar modo en que Dios posee estas perfecciones (cap. 12-13):

- cap. 12: sobre la identidad del ser y los atributos divinos.
- cap. 13: sobre su peculiar modo de ser eterno.

Dejando de lado la resolución de estas dificultades que plantea San Anselmo, la demostración de que a Dios le convienen los diversos atributos es, por tanto, especialmente breve: en tanto que Dios es aquello mayor que lo cual nada puede pensarse, es necesariamente justo, veraz, feliz, omnipotente, misericordioso, etc., ya que, siendo mejor poseerlos que no poseerlos, tales atributos convienen sin duda a Dios. El argumento –Dios es aquello mayor que lo cual nada puede pensarse– a través del cual se demuestran los atributos divinos es, por tanto, el mismo a través del cual se había ya demostrado su existencia.

Resulta patente, por tanto, que con la demostración de la esencia y de la existencia de Dios que San Anselmo ha hecho en esta parte del *Proslogion* –a través de la idea de Dios que repentinamente descubrió como útil para el propósito que se había propuesto–, se cumplen algunos de los requisitos –la brevedad y la autosuficiencia– que San Anselmo se había impuesto para el *Monologion*. Pero ¿ha logrado San Anselmo probar todo lo que cree sobre la sustancia divina?, ¿ha podido verdaderamente entender todo lo que cree, como era su propósito? Es decir, ¿satisface este *entendimiento* toda su ansia de gozar de la contemplación de Dios? Al igual que tras redactar el *Monologion* San Anselmo no había quedado satisfecho, también ahora ha de reconocer que no ha visto cumplido su propósito. Ello le produce una cierta insatisfacción, pero no es razón para abandonar el intento: en la medida que vislumbra la meta, es más consciente de lo que le queda por recorrer, y el *intellectus* logrado –por poco que sea– alimenta la esperanza que sostiene la investigación: esperanza de gozar algún día plenamente de lo que ahora sólo se vislumbra.

d) Primera conclusión: la inadecuación del lenguaje para hablar de Dios (cap. 14-18)

San Anselmo comienza el capítulo 14 del *Proslogion* expresando –de la gráfica manera que en él es usual– que el ansia de contemplar a Dios que había movido su especulación no ha quedado saciado con lo alcanzado hasta el momento: “¿Acaso has hallado, alma mía, lo que buscabas? Buscabas a Dios, y has hallado que Él es cierta cumbre de todo, mejor que la cual nada puede pensarse; y que ésta es la misma vida, la luz, la sabiduría, la bondad, la felicidad eterna y la feliz eternidad; y que es en todo lugar y siempre. Si no has hallado, entonces, a tu Dios, ¿cómo es que Él es esto que has hallado, y lo que con una tan cierta verdad y verdadera certeza has entendido que era Él? Pero si

lo has encontrado: ¿qué ocurre?, ¿por qué no sientes lo que has hallado? ¿Por qué, Señor Dios, no te siente mi alma, si te ha hallado?”¹³.

Lo que hasta el momento ha logrado San Anselmo, más que una adecuada –o al menos suficiente– visión de la naturaleza divina, ha sido un *entrever* lo que Dios es; utilizando su propia terminología, ha sido sólo un ver ‘hasta cierto punto’ (*aliquatenus*), pero no ‘tal como es’ (*sicuti est*)¹⁴. Es consciente de que hay algo más allá de lo que ve, pero no es capaz de vislumbrarlo.

La causa de esta incapacidad es doble: se debe ciertamente a la limitación propia de nuestro entendimiento, pero también a la infinita perfección de aquello que pretende contemplar: “¿Se nubla su ojo por su debilidad, o se deslumbra por tu resplandor? Se nubla ciertamente en sí, y es también deslumbado por ti. Se oscurece por su poquedad, y es abrumado por tu inmensidad. Se contrae en su angostura, y es superado por tu grandeza. Pues cuán grande es aquella luz por la que resplandece todo lo verdadero que luce ante una mente racional. Cuán amplia es aquella verdad en la que está todo lo que es verdadero, y fuera de la cual no hay más que la nada y lo falso. Cuán inmensa es, que con una mirada ve todo lo que ha sido hecho, y por quién, por medio de quién, y de qué modo ha sido hecho de la nada. Qué pureza, qué simplicidad, qué certeza y esplendor hay allí. Ciertamente, más de lo que pueda ser entendido por una criatura”¹⁵.

Dios, que había sido desde el inicio de la obra descrito como aquello mayor que lo cual nada puede pensarse, es ahora percibido como algo mayor que lo que puede pensarse¹⁶, como una luz inaccesible¹⁷. Todo el lenguaje que usamos para hablar de Él, por tanto, resulta inadecuado.

San Anselmo, de todos modos, no se da por vencido, y muestra su intención de seguir intentando acceder a esa luz que no podrá poseer en plenitud. A continuación, por ello, retoma el hilo de la argumentación que había sido abandonada en el capítulo 13.

¹³ *Proslogion*, c. 14, 111, 8-15.

¹⁴ Cfr. *Proslogion*, c. 14, 111, 21.

¹⁵ *Proslogion*, c. 14, 112, 2-11.

¹⁶ *Proslogion*, c. 15, 112, 14-17.

¹⁷ Cfr. *Proslogion*, c. 16, 112, 19; 20; 27.

e) *Segunda parte demostrativa: trascendencia de Dios respecto a las criaturas (cap. 19-22)*

Su intención en estos cuatro capítulos, que componen la segunda fase demostrativa del *Proslogion*, es mostrar la relación entre Dios y las criaturas, la trascendencia de Él y la dependencia de ellas:

- cap. 19: la eternidad divina.
- cap. 20: eternidad divina y eternidad propia de otras criaturas.
- cap. 21: sobre la expresión bíblica “los siglos de los siglos”.
- cap. 22: sólo Dios es propia, simple y absolutamente.

f) *Capítulo 23: la Trinidad*

Al margen del hilo conductor de la argumentación, dedica pocos párrafos a mostrar, sin ninguna pretensión de demostración racional, que este sumo Bien es trinitario. De todos modos, no es difícil comprender la aparición de tales cuestiones en este lugar del libro: la total trascendencia de Dios respecto a las criaturas –que acaba de considerar– es lo que permite comprender que Dios *puede* ser una Trinidad.

g) *Segunda conclusión (cap. 24-26)*

Después de la primera fase de la argumentación (cap. 14-18), se había detenido San Anselmo –en lo que hemos llamado la ‘primera conclusión’– para lamentarse de las dificultades para pensar a Dios tal como verdaderamente es. Después de esta segunda fase demostrativa (cap. 19-22, con el intervalo del cap. 23 sobre la Trinidad), en la que ha subrayado la total trascendencia de Dios respecto a las criaturas, trata de sacar las consecuencias de esta trascendencia. En esta ocasión no se fija tanto en las limitaciones del entendimiento humano como en la propia trascendencia de Dios.

De este modo, a pesar de la inadecuación de cualquier expresión humana para expresar plenamente lo que Dios es, cabe *imaginarse* las maravillas que esperan a los que gozarán de la visión de Dios, por ser Él infinitamente más perfecto que todos los bienes terrenos: “Pues si cada uno de los bienes es deleitable, piensa atentamente cuán deleitable es aquel Bien que contiene el

gozo de todos los bienes; y no tal como lo hemos experimentado en las cosas creadas, sino tan diferente cuanto difiere el Creador de la criatura”¹⁸.

A lo largo del *Proslogion*, por tanto, el deseo de contemplar a Dios, presente desde el inicio de la obra –su primer capítulo es una *exhortación del alma a la contemplación de Dios*–, es alimentado y perfeccionado, esperando que Dios le conceda algún día el *gozo pleno* que le ha prometido. “Mientras, medite sobre ello mi mente, hable de ello mi lengua. Lo ame mi corazón, converse de ello mi boca. Tenga hambre de ello mi alma, sed mi cuerpo; lo desee toda mi sustancia, hasta que entre ‘en la felicidad de mi Señor’, ‘que es’ Dios trino y uno, ‘bendito por los siglos. Amén’”¹⁹.

9. Las objeciones de Gaunilón y la respuesta de San Anselmo

Cuando el *Proslogion* llegó a las manos de un monje de la Abadía de Marmoutier, de nombre Gaunilón, éste apreció notablemente casi todo lo que allí leyó, pero no se mostró de acuerdo con la demostración de la existencia de Dios contenida en los primeros capítulos. Por ello, redactó unas observaciones críticas en defensa del *necio* que niega su existencia, intentando probar que la argumentación anselmiana no es conclusiva, y puso tal opúsculo como apéndice de la copia del *Proslogion* que había utilizado.

Podemos considerarnos afortunados de que tales críticas llegasen a manos de San Anselmo, propiciando una *respuesta* que él mismo quiso que fuese también añadida como apéndice de su obra. En ella proporciona nuevas aclaraciones acerca de cómo debe ser entendida su demostración, que son especialmente útiles porque la brevedad que había buscado –y conseguido– en los capítulos del *Proslogion* dejaba sin resolver muchas cuestiones que Anselmo tocará sólo en la respuesta a Gaunilón.

Aunque en el planteamiento de sus objeciones Gaunilón no presenta un orden claro, éstas se dirigen a cada uno de los puntos centrales del intento anselmiano. Y en ella aparecen ya los puntos principales de la interpretación que del *Proslogion* se va a hacer en la historia de la filosofía.

En primer lugar, interpreta toda la argumentación como un intento de demostrar al necio que Dios existe, considerando la prueba, por tanto, desde un plano estrictamente racional, prescindiendo de la fe.

¹⁸ *Proslogion*, c. 24, 117, 26-118, 3.

¹⁹ *Proslogion*, c. 26, 121, 22-122, 2.

Por otro lado, en Gaunilón aparece ya una interpretación del paso principal de la argumentación anselmiana, es decir, una interpretación de la expresión que, como se verá al leer la obra, es la clave del texto: ‘*maius est*’. Para Gaunilón, la prueba de San Anselmo se funda en que ser en la realidad es *más* que ser *sólo* en el entendimiento. Si tal interpretación es verdadera, la argumentación anselmiana se identificaría sin duda con lo que posteriormente se ha llamado ‘argumento ontológico’, y que se puede resumir así:

Dios es el ser perfecto.
La existencia es una perfección.
Por tanto, Dios existe.

10. La demostración de la existencia de Dios

No es casualidad que Gaunilón haya centrado su atención en la demostración de la existencia de Dios contenida en los primeros capítulos del *Proslogion*: éste será también después el destino de esta obra.

Tal demostración no ha dejado indiferente a ninguno de los grandes filósofos: todos ellos se han ocupado con atención de ella. La mayoría, para defenderla; sólo algunos para criticarla (cosa que no deja de parecer curiosa al lector de hoy, que raramente la encuentra válida). Pero cada uno de estos filósofos ha defendido (o criticado) una demostración que es fruto de su reelaboración personal, de modo que no se pretende que sea fiel a la formulación original.

No obstante, es común en algunas historias de la filosofía presentar la demostración anselmiana como similar, o incluso idéntica, a la reformulada en el racionalismo; para ello, claro está, han de evitar presentar directamente el texto anselmiano, pues en él nada se encuentra que nos lleve a una tal identificación.

La extrema concisión del texto de San Anselmo, de todos modos, nos permite comprender la diversidad de interpretaciones que de él han dado también sus estudiosos. Precisamente por ello es necesario valorarlo a la luz de la respuesta por él dada a las objeciones de Gaunilón²⁰. Aunque ya en el propio pasaje del *Proslogion* había razones para mantener que San Anselmo no basaba su prueba en que ser en la realidad fuese *maius* que ser en el entendimiento y

²⁰ Una presentación de la diversidad de interpretaciones de la demostración, y un intento de análisis a la luz de la respuesta a Gaunilón se puede encontrar en M. Pérez de Laborda, *La razón frente al insensato. Dialéctica y fe en el argumento del Proslogion de San Anselmo*, Eunsa, Pamplona, 1995.

que, por ello, hubiese de convenir necesariamente a *id quo nihil maius cogitari potest*, en su respuesta a Gaunilón explica cuál es la adecuada interpretación de este *maius*. Una vez aceptado que *id quo nihil maius cogitari potest* es en el entendimiento, se pregunta San Anselmo si el que piensa que existe *también* en la realidad no piensa algo mayor que lo que es *sólo* en el entendimiento. La pregunta que hace es meramente retórica, de tal modo que está efectivamente afirmando que pensar *id quo nihil maius cogitari potest* como pudiendo existir en la realidad es pensarlo como algo mayor que si lo pensamos como existiendo *sólo* en el entendimiento²¹.

Ahora bien, ¿por qué es esto así?, ¿por qué pensar *id quo nihil maius cogitari potest* como existiendo sólo en el entendimiento conlleva poder pensar algo mayor? La contestación puede encontrarse ya casi al final de su respuesta a Gaunilón, cuando dice, refiriéndose a quien niega la existencia de Dios: “Luego quienquiera que niegue esto, entiende y piensa ‘aquello mayor que lo cual nada se puede pensar’. Es evidente, además, que del mismo modo se puede pensar y entender lo que no puede no ser. Pero el que piensa esto, piensa más que el que piensa lo que puede no existir. Luego mientras se piensa ‘aquello mayor que lo cual nada se puede pensar’, si se piensa lo que puede no existir, no se piensa aquello mayor que lo cual nada se puede pensar”²².

²¹ Cfr. *Respuesta*, n. 2, 132, 25-28.

²² Cfr. *Respuesta*, n. 9, 138, 18-23.